HARLEQUIN®

Bianca®



Bajo el sol

Margaret Mayo

Bajo el sol

Margaret Mayo

Bianca®
HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Nuñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2006 Margaret Mayo. Todos los derechos reservados.
BAJO EL SOL, Nº 1704 - octubre 2010
Título original: At the Spaniard's Convenience
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9215-5
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

KRISTIE se quedó mirando el teléfono. Sabía que tenía que hacer esa llamada, se lo debía a Becky, aunque fuera lo más difícil que hiciera en su vida. Quince años, casi dieciséis, era mucho tiempo. ¿La recordaría él?

Ella recordaba a Lucio Masterton como si fuera el día que se separaron. Pelo moreno, casi dos metros de alto, desesperantemente guapo, un cuerpo imponente y unos ojos marrón oscuro como no había visto otros. Con una mirada podía arrebatar a cualquier mujer y hacer que le temblaran las rodillas y rezara para que se la llevara a la cama. Ella había sido la afortunada. Al menos, eso había creído.

No duró mucho. El único interés de Lucio era hacerse millonario. Acostarse con las mujeres era secundario. Cuando ella intentó que la cosa fuese en serio, él la despidió de una patada. Sin embargo, tenía que hablar con él.

Ya era multimillonario. Sin embargo, su meteórica ascensión había sido fruto de mucho trabajo y no de la suerte. Ella había seguido de cerca su carrera durante años y pese al resentimiento por el trato que le había dado, lo admiraba por su tenacidad. Según cierta prensa, era uno de lo solteros de oro de Europa y no era difícil verlo con alguna belleza colgada del brazo, aunque ninguna hubiera llegado a ser la señora Masterton. No podía dejar de preguntarse si las trataría con

el mismo desprecio con el que la había tratado a ella. ¿Habría alguna mujer digna de él? ¿Habría alguna mujer que él no se tomara como una amenaza a su forma de vida? Kristie levantó el auricular. Si no lo hacía en ese momento, no lo haría nunca.

–LMT... –una cantarina voz de mujer saludó a Kristie.

–Querría hablar con Lucio Masterton...

–¿De parte de quién?

–De Kristie Rivers.

–¿De qué empresa llama?

–Es una llamada personal.

–Lo siento, pero el señor Masterton no atiende llamadas personales que no figuren en la lista de personas autorizadas.

¿Tenía una lista de amiguitas...? Era muy interesante.

–Muy bien –replicó ella–, soy Kristie Rivers de Venture Applications.

No sabía de dónde se había sacado ese nombre, pero a lo mejor colaba.

–¿A qué se dedica su empresa?

–¿Qué es esto? –preguntó Kristie con tono airado–. ¿Es un tercer grado? Lucio me conoce. Si usted tiene algún aprecio a su puesto de trabajo, dígale que estoy al teléfono –Kristie se la jugó porque era incapaz de volver a intentarlo.

–Soy Masterton.

La chica le había puesto con él sin anunciarla.

–Lucio... –dijo ella con un susurro de espanto.

–¿Quién es? –preguntó él con tono de impaciencia.

Ella recordaba bien aquella voz profunda que estremecía hasta la medula a cualquier mujer que la escuchaba. Irradiaba autoridad incluso cuando tenía diecinueve años, pero en ese momento, ella podía imaginarse

que aterrorizaría a cualquier persona que se le acercara. Kristie se aclaró la voz.

–Soy Kristie Rivers.

Silencio. La había olvidado. Ella podía imaginarse su tupido ceño fruncido y los ojos entrecerrados mientras intentaba hacer memoria.

–¡Kristie...!

No la había decepcionado. Sin embargo, ¿estaría él sonriendo por el recuerdo? A los diecinueve años era uno de los más guapos de la universidad, pero a los treinta y cuatro era cautivador y espléndido. Cuando veía una foto suya en algún periódico, ella la observaba atentamente. Si aparecía en televisión, ella escuchaba aquella voz y sentía que le corría lava por las venas. Kristie sabía que era un disparate, pero no podía evitarlo. Él había sido su primer amor y su primer amante. No había sido el único, aunque no hubiera habido muchos, pero ninguno lo había igualado.

–¿A qué debo este placer?

Placer no era la palabra más adecuada. Sobre todo cuando él oyera lo que iba a decirle. Kristie notó un nudo en el estómago, pero se convenció de que tenía que decirlo inmediatamente o no lo diría jamás. Lo había pospuesto durante años, pero Becky había crecido e insistía cada vez más. Aunque no sabía cómo se lo tomaría él.

–¿Qué tal estás? –le preguntó ella.

–Estoy seguro de que no me has llamado para interesarte por mi salud –contestó él con brusquedad–. Estoy muy ocupado, Kristie... Me alegro de haber hablado contigo, pero dentro de un par de minutos tengo una reunión. A lo mejor podemos quedar a tomar algo una noche para recordar los viejos tiempos. ¿Te parece el jueves?

–¡No!

Kristie sabía que si no se lo decía en ese momento, perdería el valor y defraudaría a su hija. Además, no quería ver su cara y notar su ira, quería sentirse segura con una línea telefónica de por medio.

–¿Qué quieres decir? ¿Que no puedes el jueves o que no quieres verme?

–Quiero decir que tengo que hablar contigo ahora –a ella se le secó la garganta y se le quebró la voz–. Lucio, tienes una hija.

Ya lo había dicho. No de la forma que había ensayado tantas veces, pero por fin había desvelado su secreto

Silencio. Hasta que el mundo explotó en mil pedazos.

Capítulo 2

KRISTIE se sentía desasosegada mientras se acercaban a casa de Lucio. Él se había empeñado. No quería seguir hablando por teléfono ni verla en un restaurante. Tenía que ser en su casa, donde la privacidad estaba garantizada. Una mansión palaciega que ella veía por primera vez.

Por teléfono, había dado un grito que casi la había dejado sorda. No fue enfado, fue una furia que puso la línea telefónica al rojo vivo.

–No puedo cancelar la reunión –había masculllado él cuando se convenció de que ella decía la verdad–, pero sí puedo cancelar una cena esta noche. Ven a mi casa a las siete. Te mandaré un coche.

Él había colgado el teléfono. Kristie se había quedado paralizada durante diez minutos. Había esperado que él le hiciera todo tipo de preguntas, que lo negara y que intentara escabullirse, pero no lo hizo.

–Tengo que verla –había declarado él al enterarse.

–Todavía no –había replicado ella tajantemente–. Becky no sabe que me he puesto en contacto contigo. Primero tenemos que hablar. No quiero que la asustes.

Eso no era verdad, su hija estaría encantada de conocerlo por fin, pero ella no iba a decírselo a Lucio. Afortunadamente, Becky se había ido a casa de una amiga y no le haría preguntas cuando el coche fuera a recogerla. Un Bentley nada menos. Kristie se dejó caer en la tapicería de cuero y cerró los ojos hasta que se

paró delante de la casa de Lucio. Ella no tenía ni idea de dónde estaban. Se había dejado llevar por los pensamientos con miedo, como si hubiera deseado poder dar marcha atrás en el tiempo. ¿Habría llegado Lucio donde estaba si ella se hubiera presentado en su casa a los dos meses de romper y le hubiera dicho que estaba embarazada? ¿Se habría casado él y habría renunciado a sus grandes ideas o había aceptado lo innegable, pero habría sido un padre ausente porque se habría pasado todas la horas trabajando para levantar un imperio? Lo más aterrador de todo, ¿la habría rechazado?

La recibió un hombre muy envarado de cincuenta y tantos años, el pelo canoso y un gesto amable. Kristie supuso que sería el mayordomo de Lucio.

–Pase por aquí.

Ella lo siguió hasta una habitación que daba al jardín. Era una habitación enorme. Kristie la observó con atención, pero no le dijo nada de Lucio. Era completamente impersonal. ¿Cómo podía ser él feliz viviendo en un sitio tan anodino? Se quedó mirando por el ventanal y dio un respingo al oír la voz de Lucio.

–¿Por qué no te sientas?

Kristie se volvió y por primera vez en dieciséis años volvió a ver aquellos ojos oscuros que entonces hacían que todo su cuerpo se estremeciera de deseo. Ella había esperado que esa sensación se hubiera disipado con el tiempo, pero notó una conmoción. ¡Él conservaba toda su fuerza! Todo su cuerpo reaccionó con vehemencia y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para dominarse. Ya no quería a ese hombre; debería odiarlo. Él le había destrozado la vida o al menos eso pensó en su momento. En realidad, Becky había sido una bendición. Entonces, ¿qué estaba sintiendo? ¿Era deseo por un hombre atractivo? Quizá lujuria, pero no otra cosa. Las piernas casi ni la sujetaban, pero

consiguió sentarse en el borde de un sofá tapizado con terciopelo. Lo miró con los ojos color amatista abiertos de par en par. Sin embargo, ella volvió a levantarse de un salto al comprobar que él no se sentaba y la miraba con el ceño fruncido.

–Di lo que tengas que decir y acabemos con este asunto –dijo ella rotundamente.

Ésa no era la conversación que ella había pensado tener. Ella había pensado ser juiciosa y transmitirle que lo que había pasado no había sido culpa de ella.

Él le puso una mano en el hombro y la obligó a sentarse mientras la miraba desde arriba. El calor de la mano permaneció en el hombro incluso después de que él la apartara, como un recordatorio de que si se lo proponía, él podría lastimarla fácilmente.

–¿Por qué no me dijiste nunca que tenía una hija? ¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? –los ojos de Lucio la atravesaron como un rayo láser–. ¿Por qué me lo dices ahora? ¿Necesitas dinero? Tengo entendido que las quinceañeras salen caras y luego irá a la universidad con todo lo que supone...

–No se trata de dinero –lo interrumpió Kristie con furia–.¿Cómo te atreves a insinuarlo?

–Entonces, te ruego que me digas por qué has elegido este momento –replicó él con un gesto gélido–. En el supuesto, naturalmente, de que sea mi hija.

–¿Crees realmente que te mentiría?

–Hay mujeres que lo harían si creyeran que sacarían algo.

–Yo no quiero nada de ti –le espetó ella

El corazón le latía como un tambor que amenazaba con volverla loca. ¿Cómo podía pensar él que era tan mezquina? ¿Acaso no la había conocido durante los meses que pasaron juntos? Él permanecía de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y con una aire auto-

ritario y regio. Era imponente. Seguramente se consideraría la cabeza de un imperio empresarial.

–Entonces, te lo repito, ¿por qué me lo dices ahora?

Parecía como si tener una hija no le interesara lo más mínimo. La idea hacía que a Kristie le hirviera la sangre.

–¿No quieres saber nada de ella? ¿No quieres saber cómo se llama o cómo es? ¿No quieres saber si se parece a ti?

Se parecía muchísimo a él. Tenía la misma forma de ojos y casi el mismo color, aunque los de Becky eran algo más claros. Tenía la misma nariz recta y las bocas también se parecían mucho. No había duda de que era su hija y él mismo lo comprobaría cuando... Kristie hizo un esfuerzo para no seguir por ese camino. Lucio no mostraba mucho interés en Becky y estaba más preocupado por lo que ella podría estar intentando sacar de todo eso.

–Claro que quiero saber algo de ella –afirmó él con tono burlón–, pero primero tengo que estar seguro de que es mi hija. Cualquier madre con amor propio habría buscado antes al padre; habría llamado a su puerta en cuanto supiera que estaba embarazada. ¿Por qué no lo hiciste?

Kristie lo miró con un brillo de desprecio en los ojos.

–¿Realmente piensas que lo habría hecho después de que me expulsaras de tu vida como lo hiciste?

–Yo no te expulsé –rugió él–. Tú te marchaste. Yo no podía casarme y lo sabías.

–Pero sí podías utilizar mi cuerpo –replicó ella llena de ira.

–Que yo recuerde, a ti te apetecía tanto como a mí –él le clavó los ojos como si la desafiara a negarlo.

Naturalmente, él sabía que no podía hacerlo. Ha-

bían sido insaciables. Habían pasado en la cama casi todo el tiempo libre que habían tenido. Ella se ruborizó al recordarlo. No se avergonzaba, había creído en el amor de Lucio por ella.

–Sí, me apetecía porque creía que me querías. No me di cuenta de que estabas más enamorado de la idea de hacerte millonario. Yo no podía competir con eso, ¿verdad? Sin embargo, me dejaste un legado.

–Y tú no tuviste el decoro de decírmelo –replicó él sin inmutarse–. Además, todavía sigo sin saber si intentas engañarme.

Kristie agarró su bolso, sacó una foto y se la arrojó a la cara.

–Ahora, dime que no crees que sea tu hija.

Él la miró con tanto detenimiento y durante tanto tiempo que Kristie empezó a molestarse.

–¿Qué pasa? ¿No ves el parecido?

Cuando Lucio volvió a mirarla, tenía los ojos como ascuas.

–Creo que le has contado mentiras sobre mí a mi hija.

–¿Cómo dices? –balbuceó ella–. ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

De repente, había pasado a ser su hija, él había aceptado que era verdad.

–¿Eso dímelo tú? ¿Nunca ha preguntado por mí? No puedo creerme que no haya querido encontrar a su padre.

–Claro que ha preguntado, pero ¿crees sinceramente que yo podía decirle que su padre estaba más interesado en enriquecerse que en su paternidad?

Él endureció el gesto hasta que su cara pareció tallada en piedra.

–Eso no puedes saberlo.

–¿No? –replicó ella con tono irónico–. ¿Qué ha-

brías dicho si yo hubiera aparecido en tu puerta para decirte que estaba embarazada?

Él no contestó y se limitó a mirar la foto otra vez.

–¿Qué le has dicho de mí? –le preguntó Lucio más tranquilamente.

–No mucho. Le he dicho que una vez te amé, no quería que ella pensara que me había acostado contigo porque sí, pero también le he dicho que ya no sabía dónde vivías.

–Pero podrías haberme encontrado, como has hecho ahora –la miró implacablemente.

–Podría...

–Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

Kristie lo miró con los ojos rebosantes de ira.

–Porque no sabía si querrías saber algo de mí. Ya había quedado claro que yo era un estorbo en tu vida, ¿qué habrías dicho si aparecemos las dos en la puerta de tu casa? Me habrías culpado de quedarme embarazada, tú no habrías tenido nada que ver. Habrías dicho que yo tiraba por tierra todos tus planes; incluso podrías haber dicho que lo había hecho intencionadamente para que te casaras conmigo. Lucio, me di cuenta de que no te conocía en absoluto y no quería correr el riesgo de que me rechazaras una segunda vez.

Lucio se quedó en silencio y mirándola con los ojos entrecerrados. Hasta que Kristie no aguantó más, se levantó y se habría ido de la habitación, pero él la agarró del brazo y la giró para que lo mirara. Fue la primera vez desde hacía quince años que estaba tan cerca de él, tan cerca que podía oler su aroma embriagador y peligroso.

–Ni se te ocurra largarte después de haber tirado esta granada de mano –la amenazó él entre dientes–. Sabes perfectamente que no puedo volver atrás en el tiempo, pero sí puedo recuperar el tiempo perdido.

Quiero conocer a mi hija y creo que ahora es un buen momento. Te llevaré a tu casa y...

–¡No!

Lucio frunció el ceño con un surco profundísimo.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que Becky no está en casa. Se ha quedado a dormir en casa de una amiga.

A Lucio le costaba creer que Kristie hubiera decidido ocultar a su hija tanto tiempo. Sin embargo, todavía era más desconcertante que hubiera decidido decírselo en ese momento. ¿Qué la había impulsado a buscarlo después de quince años? Con una mera llamada de teléfono, ella había dado un vuelco a toda su vida.

Él había logrado todas sus ambiciones. Su empresa de informática había tenido un éxito como él nunca se había imaginado y lo había logrado solo, sin socios. Había absorbido otras empresas y se había hecho enemigos, pero también buenos amigos. Vivía bien, hasta que Kristie irrumpió como un torbellino. Eso era peor que cualquier problema profesional. ¡Tenía una hija de quince años! Se había perdido lo mejor de su vida; no había oído sus primeras palabras; no la había visto dar sus primeros pasos; nunca lo había llamado papá...

Cerró los ojos y soltó a Kristie. Sintió una opresión en el pecho. Sabía que él le había hecho daño al decirle que no quería casarse, pero ella tendría que haber sabido que él no la habría rechazado si hubiera sabido que estaba embarazada. Eso era lo que más le costaba asimilar. Quería ver a su hija inmediatamente. No podría recuperar los años perdidos, pero todavía podía ofrecerle muchas cosas. Supo que era su hija en cuanto vio la foto. Fue como haber visto un vieja foto de su madre cuando tenía la edad de Becky. Se preguntó a